

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
médicos.

Año II. Murcia 13 de Octubre de 1889. Núm. 68.

Anuncio-tarjeta y periódico 4 reales al mes.
Número suelto 15 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

EL BAILE DE CASA LAS DE LOPEZ.

I

«Mañana á las ocho de la noche te espero en casa de las de López; hay «soirée», hazte presentar por un amigo tuyo. El primer wals es para no-otros. Si me haces esperar en baile, renuncia definitivamente á mi mano.—ELOISA.»

Una bala disparada á quema ropa no habría producido mayor efecto á Luis, que el que le produjo la lacónica carta de su Eloisa—como él decía.—En el improrrogable plazo de veinte y cuatro horas, había de aprender nuestro héroe un wals, para ejecutarlo al día siguiente con la mayor perfección.

No sabía como salir de aquel atolladero, renunciar al amor de Eloisa era imposible, y aprender un wals en veinte y cuatro horas era poco menos que irrealizable. Empero Luis, que no se paraba en mientes, estaba dispuesto á arrostrar toda clase de contrariedades antes que ver desahogada la flor de sus ilusiones, y por lo tanto, encaminóse á casa de Mr. Rousinae, profesor de baile, para que le hiciese salir airoso de aquel ineludible compromiso.

II

—¿Tengo el honor de hablar con el señor profesor coreográfico?

—Servidor de Vd.

—Mil gracias. El objeto de mi visita....

—Tome Vd. asiento, caballero.

—Gracias. El objeto de mi visita, decía, se reduce sencillamente á manifestarle que deseo aprender un wals en veinte y cuatro horas.

—¿Es posible cosa tan inaudita?

—¡Ya lo creo! No digo á Vd., si-

no al mismo Quevedo.

—Pues al avío.

Cinco minutos más tarde, estrechamente abrazados maestro y discípulo estaban dando vueltas como dos locos.

III

Son las cinco. Luis, después de haber pagado cincuenta reales á su profesor, sale sudando el quilo de casa de éste, diciendo para sí mismo: ¡Aun hay patria Veremundo!

Ha sacrificado 12 50 en aras de su felicidad. Todas las esquinas que dobla y cada paso que da, lo hace á punto de wals; por fin llega á su casa, llama y se introduce en su cuarto, al poco rato bailaba con una silla, para no olvidar nada de lo aprendido en casa de Mr. Rousinae; después la emprende con la fámula y más tarde armó gran algarabía con «Tula,» hermosa perra de Terranova, porque también la quería como pareja para ensayar el wals.

IV

Las ocho de la noche. El zaguán de casa de las de López está profusamente iluminado, multitud de señoritas suben la alfombrada escalera, entrando en el salón que ofrecía un aspecto deslumbrador, donde se agrupaban tantas y tan sublimes hermosuras, que el concurso de bellezas de Spa no tuvo importancia, comparado con el concurso de casa las de López; tanta hermosura reunida iba á rendir fervoroso culto á Terpsícore.

Luis está aguardando en el umbral de la puerta que entre algún amigo para que lo presente y felizmente acierta á pasar Enrique, íntimo amigo y discípulo suyo.

V

Las nueve. Luis está ya presenta-
do y mantiene dulce coloquio de

amor con su novia.

—¡Cielos! Es mazurka y no wals lo que van á tocar.

—No obstante, báilala con mi prima Hernestina.

—Me es imposible, yo no sé más que wals.

—No le hace; ella es lijera como un colibrí y la mazurka son dos pasos adelante y dos atrás.

VI

La orquesta deja sentir los armoniosos acordes de una preciosa mazurka y mil parejas danzan simétricamente en el salón, tan solamente Luis y Hernestina no se mueven del mismo sitio, dan dos pasos adelante y dos atrás, sin adelantar uno sólo. Reciben mil empellones y Hernestina dice:

—¿Qué hace Vd., caballero? Por Dios, déjeme Vd.

Aborronado ante tales palabras, en lugar de abandonarla, puso en práctica su wals corrido, y como alma en pena que lleva el diablo, daba vueltas por la sala, teniendo á Hernestina desmayada en sus brazos.

Allí fué Troya. Los músicos cesaron de tocar, las parejas de bailar, prorrumpiendo en gritos de ¡Por ahí viene! ¡Por ahí viene! Las unas salíanse del salón, las otras se subían á las sillas, por no poder resistir el ímpetu de aquel solipedo desenfrenado.

En su vertiginosa carrera echó á rodar dos floreros; sacó de un codazo la dentadura postiza á una señora; en poco estuvo que no vaciase un ojo á un caballero; clavó la peineta en la cabeza de su novia, que desgraciadamente pasó por su lado; se llevó un arete de Hernestina enganchado en su leontina, y finalmente, de un gemelo tenía prendida la peluca de la señora que hacía los honores de la casa, que al verse

